

El libro de Rut
Crecer en la gracia
Autor: H. Smith

Del libro de Rut se desprende un encanto particular, de modo que este breve relato ejerce un gran atractivo incluso sobre el lector más indiferente. Se trata de una historia de amor de otros tiempos, en la cual se mezclan tristeza y gozo, faltas y consagración, vida y muerte, cuyo fin es la llegada del día de las bodas y el nacimiento del heredero. El escenario tranquiliza el alma al transportarnos a regiones campestres en compañía de segadores y espigadores. No obstante, para el cristiano que lee las páginas sagradas teniendo a Cristo como meta, el libro de Rut presenta un interés más profundo que adquiere un significado más rico, porque discierne en todas las Escrituras “lo que de Él dicen” (véase Lucas 24:27).

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	3
Rut la extranjera	5
La prueba por el hambre	6
Apartarse de las falsas asociaciones	8
La profesión de Orfa	9
El apego de Rut	10
La restauración de Noemí	12
Rut la espigadora	15
El crecimiento en la gracia	16
Condiciones para crecer	17
Consejos e instrucciones de los más experimentados	18
La comunión entre los hijos de Dios	19
Los siervos del Señor	20
La acción del Espíritu Santo	21
Cristo, el gran Redentor	22
Los caminos de gracia y de verdad	23
La presencia del Señor	25
Rut la esposa	26
Solo Cristo satisface el corazón	26
El secreto para tener el reposo	28
A los pies del divino Booz	31
Cristo asegura el reposo	32
Rut alcanza el reposo	33

Introducción

Del libro de Rut se desprende un encanto particular, de modo que este breve relato ejerce un gran atractivo incluso sobre el lector más indiferente.

Se trata de una historia de amor de otros tiempos, en la cual se mezclan tristeza y gozo, faltas y consagración, vida y muerte, cuyo fin es la llegada del día de las bodas y el nacimiento del heredero.

El escenario tranquiliza el alma al transportarnos a regiones campestres en compañía de segadores y espigadores.

No obstante, para el cristiano que lee las páginas sagradas teniendo a Cristo como meta, el libro de Rut presenta un interés más profundo que adquiere un significado más rico, porque discierne en todas las Escrituras “lo que de Él dicen” (véase Lucas 24:27).

Desde el punto de vista histórico, este libro nos presenta importantes eslabones en la genealogía humana del Señor Jesús. Termina con una breve lista de diez nombres, siendo el último el del rey David. En el primer capítulo del Nuevo Testamento, esos diez nombres ocupan un lugar de honor en la ascendencia del Rey de reyes, pero con la diferencia de que el Espíritu de Dios los asocia a cuatro nombres de mujeres, de las cuales una es Rut la moabita. Llama la atención el hecho de que cada una de esas mujeres estén vinculadas a episodios caracterizados por el pecado y la infamia, haciendo resaltar que

Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia
(Romanos 5:20).



Por consiguiente, el libro de Rut es un testimonio de la gracia de Dios que, trece siglos antes de la venida del Rey, aseguraba la línea de la cual tendría que ser descendiente, triunfando sobre todos los desaciertos y fracasos del pueblo y engrandeciéndose al introducir una extranjera –una moabita– en la genealogía del Rey.

El pueblo de Dios se encontraba en un período de ruina y debilidad; no obstante, es evidente que Dios no se dejaba detener por ese estado, sino que proseguía sus caminos, llevando a cabo sus propósitos para establecer su Rey. Aún más, Dios se sirvió de las circunstancias del momento y de la ruina del pueblo para llevar a bien lo que determinó hacer. ¿Quién hubiese pensado que

un tiempo de hambre en Belén tendría relación con el nacimiento del Rey en esta misma ciudad trece siglos más tarde? Sin embargo, fue así, porque el hambre fue un eslabón de la cadena de las circunstancias que introdujeron a Rut la moabita en la descendencia del Rey.

Para nosotros que vivimos días en que el pueblo de Dios se caracteriza por una ruina y una debilidad aún más acentuadas, encontramos consuelo para nuestros corazones y descanso para nuestro espíritu al ser conscientes de que más allá de todos los fracasos del hombre responsable a través de las edades, **Dios siempre lleva adelante el cumplimiento de sus designios en Cristo**, para la gloria de Cristo y la bendición de su pueblo, ya sea este terrenal o celestial. Además, ni el poder del enemigo, ni la oposición del mundo, ni los fracasos de su pueblo pueden impedir que Dios lleve sus consejos de bendición a su gloriosa realización. De la misma manera que en la historia de Rut todo conduce al día de las bodas, así también para Israel, todo concurre al establecimiento de su relación con Cristo; y también la Iglesia avanza ineluctablemente hacia el gran día de las bodas del Cordero.

Desde el punto de vista tipológico, el libro de Rut muestra que el cumplimiento de todas las promesas de Dios relativas a Israel se funda, en lo sucesivo, en su sola gracia soberana ya que la nación perdió todo derecho a la bendición sobre la base de su propia responsabilidad. Ofrece un llamativo contraste con el libro que le precede. El libro de los Jueces revela la decadencia del hombre siempre en aumento a pesar de la intervención y ayuda divinas, y termina con las escenas más sombrías de tinieblas y degradación moral. El libro de Rut expone la actividad de la gracia de Dios, a pesar de la ruina del hombre, y culmina con una escena de gozo y bendición.

Además de su alcance histórico y tipológico, este libro es también rico en instrucciones morales y espirituales. Aprendemos algo de los caminos fieles y misericordiosos de Dios para con nosotros durante nuestra vida personal, ya sea a fin de salir de nuestras tinieblas naturales para llevarnos a la luz de su propósito en Cristo para con nosotros, o para restaurarnos en sus caminos de gracia cuando nos hemos alejado de Él. Deseamos meditar en este conmovedor relato principalmente bajo el aspecto de su enseñanza moral.

Rut la extranjera

“ Jehová abre los ojos a los ciegos... levanta a los caídos... guarda a los extranjeros; al huérfano y a la viuda sostiene (Salmo 146:8-9).

El primer versículo de Rut sitúa los acontecimientos de este libro “en los días que gobernaban los jueces”. El último versículo del libro precedente nos muestra que la época de los jueces se caracterizaba por dos rasgos. Primero, “en estos días no había rey en Israel”. Segundo, “cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jueces 21:25).

En efecto, es muy delicada la condición de un país en el cual cada uno hace lo que bien le parece, ¡de manera que al final no se hace nada bueno! Su fin es el predominio de la voluntad propia, que rechaza todo límite y tolera todo desenfreno. Tal era la condición a la cual había llegado el pueblo de Dios durante el tiempo de los jueces. Desgraciadamente, bajo muchos aspectos, esta triste situación se encuentra en el mundo de hoy y en la cristiandad profesante. Los mismos principios están en vigor, produciendo los mismos resultados. La voluntad propia del hombre, que encuentra insoportable toda obligación, rechaza cada vez más cualquier forma de autoridad. Resulta que el conjunto del sistema mundial está en vías de desmoralización y cae rápidamente en la ruina y en el caos.

Pero mucho más grave aún es el hecho de que esos mismos principios, que siembran la confusión en el mundo, actúen entre el pueblo de Dios con los mismos resultados desastrosos. Por eso, vemos a ese pueblo dividido, dispersado, desintegrándose poco a poco. El ejercicio de la voluntad propia excluye la autoridad del Señor y rechaza la función directora de la Cabeza. Como el mundo, la gran masa de cristianos hace lo que bien le parece. Estos principios ya estaban en acción durante los tiempos del apóstol Pablo, ya que él debe advertir a los cristianos que no dejen de asirse de la Cabeza (Colosenses 2:19), y comprueba con dolor que “todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús” (Filipenses 2:21).

Desde el momento en que dejamos de buscar todos nuestros recursos en Cristo –la Cabeza exaltada de la Iglesia, la cual es su cuerpo–, desde que no actuamos más bajo la dirección del Señor y bajo el control del Espíritu Santo, nos ponemos a hacer lo que nos parece bien a nosotros mismos.

Desde el punto de vista moral, puede que no hagamos nada malo a los ojos del mundo; y hasta podemos ser activos en buenas obras, y perfectamente sinceros; pero si, en nuestras actividades, los derechos del Señor y la dirección de la Cabeza son ignorados, es simplemente nuestra voluntad propia la que actúa y hace lo que nos parece bien.

La triste consecuencia del miserable estado de Israel se halla descrita en el primer versículo de nuestro capítulo: “Hubo hambre en la tierra”. En el país que tendría que haber sido el lugar de la abundancia por excelencia –“la tierra que fluye leche y miel” (Deuteronomio 6:3)–, no había lo suficiente para satisfacer las necesidades del pueblo de Dios.

Desgraciadamente, los mismos males produjeron consecuencias similares en la cristiandad. Al no estar asidos firmemente de la Cabeza, y al no dar al Señor el lugar de autoridad que le es debido, los cristianos hicieron lo que mejor les parecía y formaron innumerables sectas en las cuales el pueblo de Dios está hambriento a causa de la falta de alimento espiritual. La casa de Dios, que debería ser un lugar de abundancia, llegó a ser, en las manos del hombre, un lugar de hambre.

La prueba por el hambre

Desde el punto de vista individual, un período de **hambre** es un período de **prueba** para el creyente. El hambre es una prueba de nuestra fe. Elimelec vivía en el país que Dios había asignado a Israel. Allí se encontraban el tabernáculo, los sacerdotes y el altar, pero en los caminos gubernamentales de Dios, el hambre también. Para Elimelec la prueba consistía en esto: ¿podría poner su confianza en Dios durante el tiempo de hambre y permanecer en el camino trazado por Dios a pesar de ello? Desgraciadamente, este hombre de Belén no estuvo a la altura de la prueba. Bien deseaba vivir en el país elegido por Dios, separado de las naciones de alrededor, durante los tiempos de abundancia, pero, bajo la presión del hambre, lo abandonó.

Del mismo modo, en la historia de la Iglesia, muchos se mostraron dichosos de estar unidos al pueblo de Dios y al testimonio del Señor cuando los incrédulos se convertían por millares, cuando todos los que creían eran un corazón y un alma, cuando “gran poder... y abundante gracia era sobre todos ellos” (Hechos 4:33). Pero cuando los cristianos profesantes comenzaron a hacer lo que bien les parecía, cuando todos buscaron sus propios intereses, mientras el gran apóstol Pablo se encontró en prisión y el Evangelio en aflicción, entonces apareció el hambre. Con el hambre vino el tiempo de la prueba, y bajo la presión que siguió, la fe de muchos fue quebrantada, al punto que Pablo debió decir: “Me abandonaron todos los que están en Asia” (2 Timoteo 1:15) y “porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús” (Filipenses 2:21).

Asimismo, hoy tampoco escapamos a la prueba del hambre. Dios, en su misericordia, una vez más mostró a numerosos creyentes el verdadero terreno de la reunión para los suyos, y muchos, atraídos por el ministerio de la Palabra, aceptaron con gozo el camino de la separación. Pero cuando viene la prueba, cuando el número disminuye, cuando la debilidad exterior se manifiesta, y el alimento espiritual mengua, entonces estiman que ese terreno es demasiado estrecho para ellos, la debilidad es demasiado pesada, la lucha demasiado ruda. Bajo la presión de las circunstancias, abandonan el lugar y se extravían en otros de su propia elección, donde esperan escapar a la prueba y encontrar una tregua al combate.

Tal es el caso de Elimelec. Notemos que su nombre significa: «cuyo Dios es el rey». Tal vez sus padres eran personas piadosas que, viendo que no había rey en Israel, deseaban que Dios fuese rey en la vida de su hijo. ¡Desgraciadamente, como tantas veces, negamos nuestro nombre de cristianos! Cuando viene la prueba, Elimelec yerra al no obedecer a su rey. No obstante, si Dios es rey, puede mantener a los suyos tanto en los días de hambre como en los días de abundancia. Pero la fe de Elimelec no está a la altura del significado de su nombre, y entonces no puede resistir a la presión de las circunstancias. Su mujer y sus dos hijos naturalmente lo siguen.

Al abandonar el país de Dios, llegan al país que ellos eligen. Peor aún, al llegar a los campos de Moab, “se quedan allí” (Rut 1:2). En realidad, es más fácil persistir en una posición falsa que en una posición correcta. El lugar elegido por Elimelec es significativo. Sin duda alguna, los países que rodean la tierra prometida son una imagen del **mundo** bajo sus diferentes formas. Egipto representa el mundo con sus tesoros y sus placeres culpables, sobre todo la servidumbre a Satanás que lleva a la búsqueda del placer. Babilonia simboliza el mundo religioso corrompido. Moab presenta aún otro aspecto del mundo. El profeta Jeremías ofrece una clave de su significado espiritual en el capítulo 48:11: “Quieto estuvo Moab desde su juventud, y sobre su sedimento ha estado reposado, y no fue vaciado de vasija en vasija”. Así, Moab evoca una **vida de facilidad**, que pasa tranquilamente sin grandes cambios, en la cual uno procura proteger esta quietud de toda forma de intrusión. Para utilizar el lenguaje del profeta, nunca sufrió ningún trasvase.

Ni Egipto con sus groseros placeres, ni Babilonia con su religión corrompida atrajeron a Elimelec. Pero Moab, que ofrecía sus bienestares y confortables descansos, ejerció sobre él un atractivo considerable como medio para escapar de las luchas y pruebas. Cuando reina el hambre, Moab constituye aún hoy una trampa temible para aquellos que un día aceptaron el terreno elegido por Dios para su pueblo. En los tiempos de hambre, pueden parecerles demasiado pesado el combate para mantener un camino de separación, demasiado penoso el constante movimiento

en ese camino; están tentados de abandonar “la buena batalla de la fe” (1 Timoteo 6:12) para instalarse tranquilamente en algún valle retirado de Moab, para no sufrir el trasvase y estancarse así en sus propios negocios. Pero, como Elimelec, a menudo debemos conocer a través de amargas experiencias las consecuencias de la deserción.

Como lo vimos, Elimelec no solo llegó al país de Moab con su mujer y sus dos hijos, sino que “se quedaron allí”. No hubo restauración para Elimelec. El país de Moab vino a ser para él el valle de sombra de muerte. Intentó escapar de la opresión mortal del hambre, pero ello fue solo para lanzarse en los brazos de la muerte en el país de Moab. Las medidas mismas que tomó para evitar el desenlace fatal lo condujeron allí. Un mal paso, en lugar de alejarnos de los disturbios, nos hunde directamente en los problemas que procuramos evitar. Además, buscar el reposo en el mundo, aun en lo que no es moralmente malo en sí mismo, es buscar el descanso en objetos que la muerte puede arrancarnos, o quitarnos. La sombra de muerte está presente en la tierra hasta en las escenas más hermosas. Pero Cristo resucitó, la muerte ya no tiene poder sobre Él, y vale mucho más sufrir el hambre con Cristo resucitado que estar rodeado de la abundancia del mundo en compañía de la muerte.

Elimelec muere. Las tristes consecuencias de su mal paso no se limitan solo a él. A ejemplo de Noemí, su esposa, sus dos hijos lo siguieron a Moab. Estos se unen en casamiento a dos mujeres de Moab e infringen de este modo la ley de Dios. Diez años pasan. La muerte reclama su derecho sobre los dos hijos, y Noemí, privada de su marido y de sus hijos, se encuentra viuda y sola en un país extranjero. Por supuesto, Dios la abatió y afligió, pero no la abandonó. La mano que golpeó a esta mujer dolorosamente abatida es movida por un corazón que la ama. La disciplina del Señor prepara el camino de su restauración.

Apartarse de las falsas asociaciones

Si Elimelec ilustra el camino de la caída, en Noemí vemos el de la restauración. Lejos del país de Jehová durante unos diez largos años, ella buscó su bienestar en el país de Moab y encontró solo la aflicción. Pero, finalmente, la disciplina del Señor llega a su meta, porque leemos: “Entonces se levantó con sus nueras, y regresó de los campos de Moab” (Rut 1:6). ¿Qué la obliga a volver? ¿Los sufrimientos y las dolorosas pérdidas? No. Las buenas nuevas de la **gracia del Señor** la atraen. Cuando ella oye decir que “Jehová había visitado a su pueblo para darles pan”, se levanta para volver al país.

Las penas no nos incitarán a volver a Dios, aunque pueden enseñarnos cuán amargo es alejarse, y preparar así nuestros corazones para recibir las buenas nuevas concernientes al Señor y su gracia hacia los suyos. No fueron la miseria y las privaciones, la esclavitud cruel, las algarrobas y el hambre sufridos en el país lejano los que trajeron al hijo pródigo a la casa paterna, sino el recuerdo de la abundancia en la casa; la gracia del corazón de su padre lo llevaron a decir: “Me levantaré e iré a mi padre” (Lucas 15:18). No fue la miseria del país lejano la que lo **rechazó**, sino que la gracia del corazón del padre lo **atrajo** de nuevo a casa. Es lo mismo para Noemí: En el país de Moab donde todo le fue tomado, oye hablar del país de Judá y de lo que Dios da allí a su pueblo. Y porque ella tiene ante sus ojos a Dios, puede levantarse por encima de todas sus faltas y ponerse en marcha para volver a su país.

Su primer paso en el camino del regreso es **liberarse** de sus **falsas asociaciones** con Moab. “Salió, pues, del lugar donde había estado” (Rut 1:7). Este acto particularmente práctico influye de repente sobre otros. Sus dos nueras salen “con ella”. Testificar contra una posición falsa quedándose en ella no ejerce ninguna influencia sobre los demás. Si la posición es falsa, lo primero que hay que hacer es apartarse.

Es lo que hace Noemí. Se vuelve, ella y sus dos nueras. Rompen con sus malas asociaciones teniendo delante de sí la meta correcta, porque “comenzaron a caminar para volverse a la tierra de Judá”.

La profesión de Orfa

No obstante, el hecho de apartarse de una posición errónea y proponerse volver a una posición correcta no implica necesariamente un ejercicio real en el corazón de todos los que dan ese paso. De las tres mujeres, Noemí es una creyente descarriada pero está en el camino de la restauración; Rut es el testigo de la gracia soberana de Dios y se caracteriza por la fe y un abnegado afecto, mientras que Orfa se contenta con una profesión aparente pero vacía, y jamás alcanzará la tierra prometida.

Tanto Orfa como Rut dan pruebas de abnegación para con Noemí. Ambas declaran que desean ir con Noemí a su pueblo y comienzan a caminar hacia la tierra de Dios. Pero, como siempre, lo que se afirma es puesto a prueba. Noemí dice: “Andad, volved cada una a la casa de su madre” (cap. 1:8). Se le ofrece a cada una la oportunidad de volverse atrás. Esta prueba pondrá de manifiesto si lo más profundo de sus pensamientos concuerda con lo que profesan. Si añoran el país de donde salieron, entonces tienen la posibilidad de volver (compárese con Hebreos 11:15). El pen-

samiento íntimo de Orfa se manifiesta de inmediato. Su corazón queda apegado al país de su nacimiento. Veremos que Rut, al contrario, desea “una patria... mejor” (Hebreos 11:14-16). Ciertamente es que Orfa hace una hermosa profesión, pero no pasa de allí. Está muy emocionada, a tal punto que alza su voz y llora (Rut 1:9). Sus afectos son conmovidos, puesto que besa a su suegra (v. 14) y sus palabras no faltan de belleza: “Ciertamente nosotras iremos contigo a tu pueblo” (v. 10). Pero llama la atención que solamente Rut menciona al Dios de Noemí; Orfa se contenta con hablar de Noemí y del pueblo de Noemí. Así, a pesar de sus declaraciones, de sus lágrimas y besos, deja a Noemí, al Dios de Noemí y al país de la bendición para volver “a su pueblo y a sus dioses” (v. 15), y al país de sombra de muerte.

El apego de Rut

¡Cuán diferente es la historia de Rut! Esta joven será el testigo de la gracia de Dios. Como Orfa, Rut hace una profesión notable. También expresa bellas palabras, y se muestra tan conmovida como su cuñada, porque alza su voz y llora con ella. Pero en Rut hay más. En ella se encuentran las “cosas... que pertenecen a la salvación”, la fe, el amor y la esperanza (Hebreos 6:9-12).

En Orfa, el amor se reduce a una simple manifestación exterior de afecto. Puede besar a Noemí para despedirse, como en cierta medida lo hizo más tarde Judas al traicionar al Señor con un beso. La Biblia no nos dice que Rut besara a su suegra; aunque la expresión exterior esté ausente, la realidad puede ser otra, porque se nos dice que “Rut se **quedó** con ella” (o “estrechóse con ella”, Rut 1:14, V. M.). El amor real no renuncia a su objeto, y la compañía de la persona amada le es indispensable. Por eso Rut agrega: “No me ruegues que te deje, y me aparte de ti” (v. 16).

Además, la fe de Rut está a la altura de sus afectos. La energía de la fe la hace capaz de vencer los lazos naturales de su país natal, de la casa de su madre, de su pueblo y de sus dioses. Rut toma resueltamente el camino del peregrino, ya que declara: “A dondequiera que tú fueres, iré yo”. Acepta sufrir el destino del extranjero, diciendo: “Dondequiera que vivieres, viviré”. Se identifica con el pueblo de Dios mediante estas palabras: “Tu pueblo será mi pueblo”. Finalmente, y sobre todo, ella pone su confianza en el verdadero Dios, porque no solamente hace suyo el pueblo de Noemí, sino que agrega: “y tu Dios mi Dios” (v. 16). Ni siquiera la muerte la hace volver atrás, porque exclama: “Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada”. Tanto en la muerte como en la vida, se identifica con Noemí, y, como consecuencia, reivindica para sí misma al pueblo y

al Dios de Noemí; y todo esto cuando, a la vista de los hombres, Rut no tenía ante sí sino a una mujer anciana quebrantada. Como lo dijo alguien, Rut unió su destino al de Noemí «a la hora de su viudez, de su exilio y de su pobreza».

Para el hombre inteligente de este mundo, la elección de Rut es insensata. Dejar las comodidades de Moab, la ternura de su hogar y de su país natal, para empezar un viaje a través de regiones incultas, de las cuales se ignora todo, para llegar a un país desconocido, con la única compañía de una viuda en la miseria, parece ser el colmo de la locura. Pero este solo es el principio de la historia. El final no puede ser vislumbrado en este eslabón. Lo que Rut llegará a ser “aún no se ha manifestado” (cf. 1 Juan 3:2). La fe puede ser llevada a dar su primer paso en un contexto de debilidad y de miseria, pero, al final, será justificada, y recibirá su esplendente recompensa, en circunstancias de poder y de gloria. Al principio de nuestro relato, Rut se identifica de todo corazón con una mujer anciana y desolada; al final, es presentada a todos como la esposa del poderoso Booz. Aún más, su nombre, incluido en la genealogía del Señor, será transmitido a todas las generaciones futuras.

En su época, Moisés, dotado de todas las ventajas que la naturaleza puede dar, con todas las glorias del mundo a su alcance, fue también un ejemplo resplandeciente de esta misma fe. Dejando atrás los deleites del pecado y la opulencia de los faraones, “teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios” (Hebreos 11:26), hizo a un lado el mundo y todas sus glorias para encontrarse en el desierto con un pueblo pobre y sufriente. ¡Qué locura a los ojos del mundo! Pero la fe podía decir en ese momento: lo que será “aún no se ha manifestado”. La fe debía esperar dieciséis siglos antes de percibir lo que sería Moisés: entonces se le permite a la fe ver a este siervo de Dios aparecer en gloria sobre la montaña de la transfiguración en compañía del Hijo del hombre –visión efímera de una gloria que no pasará jamás– (Lucas 9:28-31). Y cuando, por fin, Moisés entre en las glorias del reino venidero en compañía del Rey de reyes, será evidente para todos que las glorias del mundo que Moisés rechazó eran insignificantes comparadas con el eterno peso de gloria que habrá obtenido.

Hoy en día no es distinto. El camino de la fe puede parecer el colmo de la inconsciencia a los ojos de este mundo. Rechazar la gloria que nos ofrece, identificarse con el pueblo de Dios pobre y despreciado, salir hacia Cristo fuera del campamento, llevando su vituperio, puede parecer, a simple vista, una locura para la razón natural del hombre. Pero la fe repite: “Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser”. La fe estima que

“ Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria (2 Corintios 4:17).

Y la fe recibirá su recompensa, porque cuando al fin raye el día de la gloria, y la fe sea cambiada en vista, cuando el gran día de las bodas del Cordero llegue, los cristianos, hoy pobres y despreciados, aparecerán con él y serán semejantes a él, como “la desposada, la esposa del Cordero” (Apocalipsis 21:9).

Además, si las cosas que pertenecen a la salvación –la fe, el amor y la esperanza– están activas en nosotros, nuestros corazones se verán profundamente resueltos. Así ocurrió con Rut. Sin consideración para el país que dejaba, libre de todo vano pesar, estaba “resuelta” a ir con Noemí. “Anduvieron, pues, ellas dos hasta que llegaron a Belén” (Rut 1:18-19). Qué beneficio para nosotros si, animados por la fe, el amor y la esperanza, olvidamos lo que queda atrás y nos extendemos a lo que está delante, prosiguiendo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (véase Filipenses 3:13-14).

La restauración de Noemí

Esta parte de la historia de Rut termina naturalmente con el recibimiento del alma restaurada.

Vimos cómo la amargura envenena el sendero del corazón extraviado, y cómo el Señor lo restaura en su gracia. Ahora aprendemos que la respuesta correcta a un trabajo de restauración es la recepción del alma restaurada en el seno del pueblo de Dios. Con sus ojos dirigidos hacia el país y el pueblo de Dios, la creyente restaurada y la joven convertida prosiguieron su camino “hasta que llegaron a Belén; y aconteció que habiendo entrado en Belén, toda la ciudad **se conmovió** por causa de ellas” (Rut 1:19). ¡Qué pena! Debemos reconocer que hoy hay poco poder de restauración entre nosotros; ¿no será porque nos falta compasión hacia aquellos que caen? Un creyente puede caer, el mal ser juzgado, y el culpable tratado como conviene sin que seamos “conmovidos” por él, de manera que es raro que el creyente extraviado vuelva a encontrar su lugar entre el pueblo de Dios. El mundo está lleno de corazones tristes y quebrantados, de cristianos errantes; ¡cuán raramente son restaurados y cuán poco somos conmovidos por ellos!

No hay nada que pueda completar mejor el trabajo de restauración en un alma que la compasión de los creyentes. Así ocurrió con Noemí. El amor con que ella fue recibida permitió a su corazón abrirse y expresar una confesión notable, que atestigua la realidad de su restauración.

- Ella reconoce que Dios no la abandonó jamás, cualquiera hayan sido sus faltas. En cuanto a sus años de extravíos, confiesa que “en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso” (v. 20), admitiendo implícitamente que no cesó de ocuparse de ella. A veces nos despreocupamos de Dios, pero él nos ama demasiado para que cese de ocuparse de nosotros. Felizmente es así, porque como dice el apóstol: “Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos... Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos” (Hebreos 12:7-8).
- Por esta confesión, Noemí muestra aún que si el Señor se ocupa de los suyos extraviados, su manera de actuar será sentida como muy amarga. El apóstol nos lo recuerda también: “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza” (Hebreos 12:11).
- Es necesario hacer notar la hermosa actitud de Noemí, que asume toda la responsabilidad de su alejamiento. Declara: **“Yo me fui...”** (Rut 1:21). No obstante, al principio del capítulo leímos: “Un varón de Belén de Judá fue a morar en los campos de Moab” (v. 1). Noemí no hace ningún reproche a su marido. No atribuye la falta a otro para excusarse.
- Si, por un lado, Noemí asume la entera responsabilidad de su alejamiento, por el otro, y con razón, atribuye toda la certeza de su restauración a Dios. Puede decir: **“Jehová me ha vuelto”**. Soy yo la que me fui, pero Dios es el que me hizo volver. David puede declarar en ese mismo estado de espíritu en el Salmo 23:3: “Hará volver mi alma” (V. M.). Puede haber momentos en que, llenos de autosuficiencia y de confianza en nosotros mismos, pensamos poder volver al Señor cuando nos parezca bien; pero, en realidad, ningún creyente alejado podría volver al Señor si Él no tomara la iniciativa de restaurarlo. La oración del Señor a favor de Pedro antes de que caiga y la mirada del Señor en el momento de su falta quebrantaron el corazón del discípulo y lo condujeron a su restauración. Pedro había seguido de lejos, luego cayó; pero el Señor lo hizo volver.
- Noemí no solo dice que Dios la hizo volver, sino que la ha vuelto «a casa» (según la versión inglesa de J. N. Darby). Cuando el Señor hace volver a un creyente, siempre lo trae de nuevo al calor y al amor del círculo familiar. ¿Qué hace el Pastor cuando encuentra la oveja perdida? La trae a su casa. Es como si dijese: «Es lo único que conviene a mi oveja».
- Además, Noemí debe reconocer que si Dios la hizo volver a casa, ello fue “con las **manos vacías**”. Todo el tiempo que estamos alejados del Señor, no hacemos ningún pro-

greso espiritual. Él bien puede, en su disciplina, despojarnos de muchas cosas que impiden a nuestras almas progresar. Junto con Noemí, debemos confesar: “Yo me fui **llena**, pero Jehová me ha vuelto con las **manos vacías**”. Como todos los que se alejan, Noemí debe sentir el sufrimiento. Es cierto, conoce una bendita restauración, vuelve a casa, al pueblo y al país de Dios, pero no encontrará a su marido y a sus hijos. Se fueron para siempre. Ella buscó el bienestar y quiso evitar las luchas y los ejercicios, pero encontró solo la muerte y las privaciones. Volvió con las manos vacías.

- Sin embargo, si el Señor nos trae con las manos vacías, quiere hacernos volver a un lugar de abundancia. Cuando Noemí llegó a Belén era al “comienzo de la siega de la cebada” (v. 22).

¡Qué consuelo para nuestros corazones saber que si faltamos en compasión los unos para con los otros, el Señor no falla jamás! Dentro de poco tiempo, el Señor traerá a su casa a sus pobres ovejas alejadas, y no faltará ni una. Entonces, en el amor de la casa eterna, gozaremos de la siega celestial: será el “comienzo” de una siega de gozo y bendición que nunca terminará.

Rut la espigadora

“ Cuando siegues la mies de tu tierra, no segarás hasta el último rincón de ella, ni espigarás tu tierra segada. Y no rebuscarás tu viña, ni recogerás el fruto caído de tu viña; para el pobre y para el extranjero lo dejarás (Levítico 19:9-10).

Si el primer capítulo del libro de Rut nos describe la **gracia que salva**, el segundo nos presenta la **gracia que sustenta**. La gracia de Dios no solo nos trae la salvación, sino que a continuación nos enseña a vivir sobria, justa y piadosamente en este siglo (Tito 2:11-12). En la medida que nos dejemos instruir por la gracia haremos progresos espirituales. Este capítulo 2 ilustra de una manera muy atractiva este crecimiento en la gracia o progreso espiritual.

Para el joven convertido, es una verdadera bendición comenzar bien su carrera cristiana al cortar definitivamente los lazos con el mundo y comprometiéndose en el sendero de la fe con el pueblo de Dios. Pero, un buen comienzo no es suficiente. Si deseamos mantenernos en el camino de la fe, debemos crecer en la gracia. Como lo dice el apóstol Pedro, si los cristianos quieren gozar en abundancia de la gracia y de la paz, y de “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad”, queriendo huir de “la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia”, solo les será posible mediante “el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús” (2 Pedro 1:2-4). Por eso concluye su epístola exhortando a los creyentes a crecer “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18).

Los creyentes en Corinto, después de haber comenzado bien, se mostraron lentos en hacer progresos espirituales. La mundanalidad y la sabiduría de este mundo fueron un obstáculo para ellos. Los gálatas también tuvieron un buen principio, ya que el apóstol reconoce que corrían bien; pero debe preguntarles: “¿Quién os estorbó para no obedecer a la verdad?” (Gálatas 5:7). Una vez que cayeron bajo el dominio de falsos maestros, fueron ganados por el legalismo. Igualmente hoy, muchos parecen empezar bien y prometen llegar a ser cristianos consagrados, pero a continuación no hay progresos espirituales en sus vidas. No crecen en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Ceden a las atracciones del mundo y se vuelven mundanos, o caen bajo la influencia de falsos maestros llegando a ser legalistas.

El crecimiento en la gracia

Esta porción de la historia de Rut va a hacernos descubrir el secreto del **crecimiento en la gracia**. Rut nos es presentada con insistencia como espigadora. En el versículo 2, la oímos decir a Noemí: “Te ruego que me dejes ir al campo, y **recogeré** espigas”. En el versículo 7, pide al mayordomo de los segadores: “Te ruego que me dejes recoger... entre las gavillas”. En el versículo 17 leemos: “**Espigó**, pues...”, luego en el versículo 23: “Estuvo, pues, junto con las criadas de Booz espigando”.

Así, Rut, en este capítulo, es vista como una espigadora. ¿Pero cuál es el significado espiritual de espigar? Debemos recordar que el primer capítulo termina con estas palabras: “Llegaron a Belén al comienzo de la siega de la cebada”. Noemí y Rut se encontraban en medio de la abundancia. Pero la cosecha, aunque sea muy abundante, no puede satisfacer a los hambrientos si no es antes recogida. Los segadores y espigadores deben hacer su trabajo, de otro modo, morirán de hambre, incluso en medio de la abundancia. Al espigar, Rut se apropia de las ricas provisiones puestas a su disposición por el señor de la cosecha, tanto para sus propias necesidades como para las de Noemí.

Podemos decir que, en el aspecto espiritual, el espigar representa al creyente apropiándose de las bendiciones espirituales que Dios le concedió. En la historia de Israel, Dios había dado a esta nación un derecho de propiedad absoluto del país prometido, y había delimitado las fronteras de manera muy precisa. No obstante, Dios había declarado también: “Todo lugar que **pisare** la planta de vuestro pie será vuestro” (Deuteronomio 11:24). Los israelitas debían tomar posesión de su país. Así, el apóstol Pablo puede afirmar con plena confianza que los creyentes son bendecidos “con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Efesios 1:3), pero esta certeza no le impide orar para que el Espíritu Santo haga su trabajo en el hombre interior, a fin de que los creyentes comprendan cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura de todas esas bendiciones espirituales.

En la historia de nuestras vidas, el día en que el Señor Jesús nos llamó a él, cuando supimos que nuestros pecados fueron perdonados, cuando fuimos sellados con el Espíritu Santo y hechos “aptos para participar de la herencia de los santos en luz”, es un recuerdo maravilloso e inolvidable. Aunque no puede haber un crecimiento en nuestra capacidad de participar de la gloria, no obstante el apóstol desea ver en los creyentes un crecimiento “en el conocimiento de Dios” (Colosenses 1:12-14, 10). ¡Oh, cuán mediocres espigadores somos! ¡Cuán poco entramos en las riquezas insondables de Cristo!

Condiciones para crecer

¿Por qué somos espigadores tan negligentes? Ciertamente es que el espigar requiere condiciones a las cuales no siempre estamos de acuerdo en someternos. Esto es evidente a medida que notamos las cualidades que hicieron de Rut una buena espigadora.

En primer lugar, ella se caracterizaba por un espíritu **humilde** y **sumiso**. Dijo a Noemí: “Te ruego que me dejes ir al campo, y recogeré espigas...”. Más tarde, pidió al mayordomo de los segadores de Booz: “Te ruego que me dejes recoger”. No actuaba de manera independiente frente a los que eran de mayor edad y experiencia que ella. No menospreciaba las directivas y los consejos. No tenía una voluntad indómita, que la hubiese conducido a hacer lo que le parecía bien a sus propios ojos. Pedro puede decir: “Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (1 Pedro 5:5). El Espíritu Santo asocia la sumisión y la humildad. Al hombre orgulloso no le agrada someterse. Una voluntad no quebrantada es el mayor obstáculo para crecer en la gracia.

En segundo lugar, Rut se caracterizaba por la **diligencia**. Como lo leemos en el versículo 7, “entró, pues, y está desde por la mañana hasta ahora, sin descansar ni aun por un momento”. Luego en el versículo 17, “espigó, pues, en el campo hasta la noche”. ¿No observamos entre los creyentes una gran falta de diligencia para las cosas de Dios? Somos muy celosos para las cosas de este mundo, ¡pero, desgraciadamente, demasiado a menudo apenas reservamos nuestros ratos libres para las cosas del Señor! ¿Estudiamos asiduamente la Palabra? ¿Somos diligentes en la oración? Podemos alegar que el estrés y las dificultades de la vida no nos dejan mucho tiempo, pero la pregunta permanece: ¿cómo utilizamos el poco de tiempo que nos queda? En Hebreos 6:12, el autor exhorta a la solicitud y agrega: “A fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas”. Si deseamos gozar de nuestra herencia, debemos ser celosos. No ha de extrañarnos que hagamos pocos progresos espirituales si encontramos el tiempo para leer los diarios y las revistas livianas del mundo, pero no tenemos tiempo de espigar en las riquezas de la Palabra de Dios.

En tercer lugar, Rut era **perseverante**. No era diligente un día y perezosa el siguiente, sino que “estuvo, pues, junto con las criadas de Booz espigando, hasta que se acabó la siega de la cebada y la del trigo” (v. 23). Día tras día, fue a espigar hasta terminar las dos siegas. Los de Berea recibieron elogios especiales, no solo por haber examinado las Escrituras, sino también por haberlo hecho cada día (Hechos 17:11). Es fácil mostrarse celoso un día, pero serlo cada día requiere

perseverancia. “Cada día” es una expresión exigente que nos pone a prueba. El Señor pide a su discípulo que tome su cruz cada día (Lucas 9:23). Hacer un gran esfuerzo para cumplir un acto de renunciamiento heroico es relativamente fácil, pero perseverar tranquilamente día tras día, siguiendo a Cristo, es la prueba que se debe aprobar. No es el hombre que empieza bien la carrera el que gana, sino el que persevera.

Finalmente, leemos que Rut “**desgranó** lo que había recogido” (v. 17). No es suficiente espigar la cebada y el trigo, es necesario desgranarlos. Las verdades que recogemos, ya sea mediante nuestro estudio personal o por medio del ministerio de otros, deben ser también un tema de **oración** y de **meditación** para que puedan contribuir a nuestro crecimiento espiritual. La simple adquisición de una verdad no hará más que hinchar nuestra mente. Es necesario gozar de esta verdad en comunión con el Señor para que ella pueda llevarnos más lejos en el conocimiento de su Persona.

Así, para hacer progresos espirituales, se necesita cierta condición del alma, caracterizada por la sumisión, la diligencia, la perseverancia y la meditación.

Además, el estado del alma, aunque primordial, no lo es todo. La **ayuda** que recibimos de **otros creyentes** contribuye también a nuestro progreso espiritual. Esto lo vemos claramente en los distintos personajes que aparecen en este capítulo. Noemí, las criadas, los segadores, el criado mayordomo establecido sobre estos últimos y, finalmente, Booz, el hombre rico, desfilan unos tras otros delante de nuestros ojos, y siempre aparecen presentados en relación con Rut. Ayudan de diferentes maneras a la joven espigadora en su trabajo, mostrándonos en esto que Cristo utiliza distintos medios para estimular en los suyos el crecimiento espiritual en la gracia.

Consejos e instrucciones de los más experimentados

Noemí conocía a Booz desde hacía mucho tiempo; él estaba en condiciones de aconsejar e instruir a Rut. Así también ocurre hoy, hay quienes caminan desde hace mucho tiempo con Cristo; y aunque hayan fallado alguna vez gravemente como Noemí, no obstante la experiencia los hace aptos para dar consejos e instrucciones a los creyentes más jóvenes. Sería difícil ver en Noemí un creyente dotado para la enseñanza o la predicación; más bien vemos en ella la imagen de esas santas mujeres ancianas de las cuales nos habla Tito 2:3-5, llamadas a ser ejemplos, “maestras del bien”, y capaces de dar con amor consejos sabios “a las mujeres jóvenes”. En tales versículos, Noemí no plantea dificultad ni coloca obstáculo en el camino de Rut. Responde inmediatamente: “Ve, hija mía” (v. 2). Alienta a Rut en este feliz trabajo. Además, cuando Rut vuelve, recono-

ce con gozo los progresos realizados, porque leemos: “Su suegra vio lo que había recogido” (v. 18). No solo ve sus progresos, sino que se interesa realmente en su situación, ya que se informa: “¿Dónde has espigado hoy? ¿y dónde has trabajado?” (v. 19). Finalmente, le declara quién es Booz y le aconseja afectuosamente que siga espigando. ¡Si al menos el espíritu de Noemí pudiese animar más a las hermanas de edad y conducir las a cuidar de las más jóvenes, para animarlas, para hacerles ver sus progresos, para informarse del estado espiritual de ellas, para instruir las en el conocimiento de Cristo y para ayudarlas con sus consejos cuando espigan!

La comunión entre los hijos de Dios

Las criadas también son de ayuda para Rut en este hermoso espiguelo. Se las encuentra en los versículos 8, 21, 22 y 23. Rut espiga al lado de ellas; son sus compañeras de labor. En figura nos hablan de la feliz comunión entre los hijos de Dios, tan importante para el progreso espiritual. Booz advierte a Rut:

“ No vayas a espigar a otro campo, ni pases de aquí; y aquí estarás junto a mis criadas (v. 8). ”

Existen otros campos y otras criadas, pero son ajenos. Seamos jóvenes o mayores en la fe, hacemos bien en prestar atención a la advertencia de Booz. En efecto, en el mundo hay muchos campos que atraen, y a veces pueden ofrecer una compañía muy agradable, pero los campos opulentos y la vana sociedad de este mundo no son de Cristo. Antiguamente, el mundo solo dio una prisión a los apóstoles; y cuando fueron liberados vinieron a “los suyos” (Hechos 4:23).

Forzosamente tenemos que relacionarnos con la gente de este mundo en nuestra vida profesional o de cada día, pero no podemos gozar de una agradable comunión ni hacer progresos espirituales dentro de ese círculo. Solo en la comunión de «los nuestros» podemos realizar tales cosas. En los primeros días del cristianismo, la comunión ininterrumpida de los creyentes resultaba de un “gran poder” y de una “abundante gracia” (Hechos 4:33). En Hebreos 10:24-25, somos exhortados a considerarnos unos a otros para “estimarnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”. La fuente del amor y de las buenas obras no está en los creyentes, pero sin duda la compañía de los creyentes estimula ese amor y esas buenas obras.

El día del juicio de este mundo se acerca, por eso hacemos bien en separarnos de él para encontrar nuestra parte bendita entre “las criadas de Booz”, es decir, entre aquellos que no se han manchado, y que han guardado sus vestiduras blancas (véase Apocalipsis 3:4-5; 16:15). Cuanto más se acerca el día, más deberíamos acercarnos los unos a los otros.

Los siervos del Señor

Los segadores y los criados también son útiles para Rut. Son mencionados en los versículos 4, 5-7 y 9 de nuestro capítulo. Estos siervos de Booz ofrecen una imagen real de las cualidades requeridas de los siervos del Señor que se dedican al ministerio para ayudar a los hijos de Dios.

La primera cosa necesaria para todo siervo de Dios es la **presencia del Señor**. Oímos a Booz saludar a sus segadores con este deseo: “Jehová sea con vosotros” (v. 4). Encontramos este mismo espíritu en la época del Evangelio: “Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor” (Marcos 16:20).

En segundo lugar, para cumplir eficazmente el servicio de Booz, los segadores deben **someterse** al criado establecido sobre ellos. No solo necesitamos la compañía del Señor, sino también el control del Espíritu, la persona divina prefigurada por ese siervo anónimo (v. 5).

En tercer lugar, los segadores preceden a Rut, como lo dice ella misma: “Te ruego que me dejes recoger y juntar tras los segadores entre las gavillas” (v. 7). Las Escrituras reconocen la existencia de **pastores** o **conductores** espirituales entre el pueblo de Dios que nos exponen su Palabra; debemos imitar su fe. Somos llamados a obedecer y someternos a tales conductores porque velan sobre nuestras almas (Hebreos 13:7, 17).

En cuarto lugar, esos jóvenes –los criados de Booz– **sacan el agua** del pozo. Si bien el privilegio de Rut era beber de esta agua, la responsabilidad de los criados era sacarla. No todos son llamados, ni capaces, de sacar el agua de los pozos profundos de Dios, pero todos pueden beber esta agua vertida en las vasijas adaptadas a la capacidad de cada uno. Muchos son los que no pueden alcanzar el agua en el fondo del pozo, pero ella está a disposición de todos en las vasijas. Por eso, la orden para Rut es: “**Ve a las vasijas, y bebe**” (v. 9). Timoteo fue invitado a ocuparse “en estas cosas”, a permanecer en ellas. Seguramente que esto corresponde a sacar el agua; pero el resultado, su “aprovechamiento”, debía ser “manifiesto a todos” (1 Timoteo 4:15). Esto es el agua en las vasijas, accesible a todos.

En quinto lugar, para ser aptos para el servicio de Booz, los segadores **reciben directivas** especiales de su amo. “Y Booz **mandó** a sus criados, diciendo: Que recoja también espigas entre las gavillas, y no la avergoncéis; y dejaréis también caer para ella algo de los manojos, y lo dejaréis para que lo recoja, y no la reprendáis” (v. 15-16). Para responder a las necesidades específicas de los individuos, es necesario recibir directivas particulares de parte del Señor. Cuán cerca del Maestro debe estar el siervo si desea saber, durante su servicio, dónde y cómo dejar caer el puñado de espigas que corresponda a la necesidad específica del momento, y hacerlo sin reproche ni reprensión. El Señor, como siempre, es el ejemplo perfecto para nosotros. En el día de la resurrección, cuando envía un mensaje a Pedro, diciendo: “Id, decid a sus discípulos, y a Pedro...”, el Señor deja caer algunas “espigas entre las gavillas” para su pobre oveja extraviada, sin agregar reproche ni condenar (Marcos 16:7).

Finalmente, el trabajo de los segadores lleva al final de la siega, porque Booz ordena a Rut que se quede junto a sus criadas “hasta que hayan acabado toda mi siega” (v. 21). Es lo mismo para los siervos del Señor como para los de Booz, ya que el apóstol Pablo evoca la gloriosa esperanza puesta ante nosotros como un estimulante en el servicio.

“ Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre...
(1 Corintios 15:58).

La acción del Espíritu Santo

El criado de Booz establecido sobre los segadores también desempeña su papel en los progresos hechos por Rut cuando espiga. No se lo nombra y raramente aparece en la narración, no obstante, está detrás de todo lo que sucede y, en nombre de Booz, controla a cada segador que trabaja en los campos de su amo. Es él quien la presenta ante Booz. Hace un informe verídico sobre la joven Rut, sin agregar ni una palabra despreciativa sobre ella; también anticipa el pensamiento de Booz al permitirle espigar en sus campos (v. 5-7). En todo esto, el criado actúa en perfecto acuerdo con el pensamiento de su amo. Ciertamente que tenemos aquí una figura llamativa de la gloriosa Persona del Espíritu Santo, quien vino de parte de Cristo glorificado, en nombre de Cristo, para representar los intereses de Cristo. Alguien que no habla de sí mismo, que es invisible a los ojos del mundo, pero que dirige a los siervos del Señor y, por su trabajo de gracia en las almas, las pone en contacto con Cristo. El Espíritu Santo vino a la tierra para centrarse en los intereses de Cristo; piensa y actúa en perfecto acuerdo con el pensamiento y el corazón del Padre y del Hijo.

Cristo, el gran Redentor

Finalmente, tenemos a Booz que representa a Cristo bajo dos aspectos. Primero en la gloria de su persona y de su obra, luego en su manera de actuar, llena de gracia, hacia nosotros, individualmente.

Personalmente, Booz es presentado como un “pariente” y un “hombre rico” (v. 1, 20). La palabra “pariente”, empleada varias veces en el libro de Rut, es reemplazada en otras partes por “redentor”, término que indica el verdadero alcance del servicio de pariente. El pariente tenía tanto el derecho como el poder de redimir a su hermano y su herencia, si el uno o el otro había caído en manos de un extranjero (véase Levítico 25:47-49).

Por la caída, el hombre perdió todos sus derechos sobre su herencia terrenal. Él mismo cayó bajo el poder del enemigo y, como pecador culpable, se encuentra expuesto a la muerte y al juicio. No puede redimirse a sí mismo ni redimir a la tierra del poder del pecado, de la muerte y de Satanás. Necesita un redentor, alguien que tenga tanto el derecho como el poder de cumplir la redención. Cristo es el gran Redentor, aquel del cual Booz es solo una figura. Redime a los suyos de manera doble, por un acto de redención y por un acto de poder. El precio de la redención (o del rescate) que pagó es su propia vida dada por nosotros. Hemos sido rescatados “no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18-19).

Además de esto, nos redimió por un acto de poder, porque no solo su sangre fue vertida, sino por la resurrección anuló el poder de la muerte y del sepulcro. Habiendo sido ya redimidos por su sangre, ahora esperamos la redención en poder, es decir el momento en que librára nuestros cuerpos de toda traza de mortalidad transformando

“ El cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas
(Filipenses 3:21).

Finalmente, obtendremos nuestra herencia –una rica posesión que él adquirió– que rescató del poder del pecado, de la muerte y de Satanás, y de la cual gozaremos juntos con él para alabanza de su gloria (véase Efesios 1:14).

Los caminos de gracia y de verdad

En Booz vemos no solo una imagen de las glorias de nuestro gran Redentor, sino también una exposición magnífica de sus caminos de gracia hacia cada uno de nosotros. Es nuestro privilegio, además de aprender a conocer la verdad concerniente a su persona y su obra, experimentar sus cuidados llenos de gracia, que nos hacen profundizar este conocimiento. ¡Ojalá que todos los creyentes deseen llevar una vida más auténtica, más determinada con Cristo en el secreto de su alma –vida de la cual no podrían contar gran cosa– conocida solamente por Cristo y por ellos mismos, en la cual nadie puede intervenir!

De esta relación entre Cristo y el alma nos habla la actitud benévola de Booz, el hombre rico, para con Rut la extranjera. Lo que caracteriza su actitud es la gracia y la verdad, evocando para nosotros a Aquel que vino “lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14, 17). En nuestra debilidad, sucede que manifestamos gracia en perjuicio de la verdad, o mantenemos esta última en detrimento de la gracia. En Cristo, la expresión infinita de la gracia viene acompañada del perfecto mantenimiento de la verdad.

Con una conmovedora gracia, Booz pone todas sus riquezas a disposición de la extranjera proveniente de Moab, quien, según la ley, no estaba autorizada a entrar en la congregación de Dios, ni aun hasta la décima generación (Deuteronomio 23:3). Sus campos, sus criadas, sus criados, sus vasijas, su grano, todo es puesto a disposición de Rut. Ella debe quedar en sus campos, estar junto a sus criadas, espigar tras los segadores y beber de su pozo. Booz no hace ninguna alusión a su origen, a su condición de extranjera ni a su pobreza. De su boca no sale reproche alguno en cuanto a su pasado, ni amenazas con relación al futuro, ni exigencias reclamando algo por su generosidad presente: todo es dado en una gracia soberana e ilimitada. Cristo actúa de la misma manera para con los pecadores que somos nosotros. La gracia pone los dones, los más excelentes, a disposición de una pecadora en el pozo de Sicar (Juan 4:1-42), la gracia imparte órdenes a los peces del mar para un hombre pecador como Pedro (Mateo 17:24-27), y la gracia abre el paraíso de Dios al malhechor moribundo (Lucas 23:39-43). De la misma manera, la gracia nos bendijo con todas las riquezas insondables de Cristo, “sin dinero y sin precio” (véase Isaías 55:1).

Sin embargo, las riquezas de la gracia no empañan el resplandor de la verdad. Al contrario, es justamente la gracia la que hace resaltar la verdad. Booz no necesita recordar a esta extranjera su origen humilde: ella misma lo confiesa. Pero, es su gracia la que la incita a tal confesión. Baja su rostro y se inclina a tierra ante Booz, echándose a un lado en la conciencia de la grandeza de la persona ante quien está, y a quien debe toda bendición. Con la pregunta que Rut hace: “¿Por qué

he hallado gracia en tus ojos...?” ella reconoce que nada en sí misma merece tal gracia. Reconoce igualmente que, por naturaleza, no puede pretender nada de Booz, ya que confiesa: “Siendo yo extranjera” (v. 10). Solo en presencia de la gracia de Booz, Rut le da el lugar que le corresponde, y permanece ella misma en el suyo. Esto nos trae a la memoria otros ejemplos hermosos de los caminos de gracia y de verdad manifestados por nuestro Señor cuando estaba aquí abajo.

Volviendo a la pobre pecadora del pozo de Sicar, vemos que, si la gracia le propone el don gratuito del agua viva, que salta para vida eterna, también va a manifestar la verdad referente a ella. La simple frase de Jesús: “Ve, llama a tu marido”, es la verdad que descubre sus actos, y la invitación que sigue: “Y ven acá” (Juan 4:16) es la gracia que le abre el acceso a todo el amor del corazón de Dios. La verdad le revela la maldad de su corazón, pero la gracia le revela un corazón que, sin ignorar para nada los hechos cometidos durante su vida, puede amarla e invitarla a venir a él.

En otra ocasión, con otra mujer extranjera como Rut, una cananea, vemos el mismo despliegue de la gracia y la verdad. Los discípulos defienden la verdad en detrimento de la gracia: “Despídela”, le dicen. El Señor no obra así, pero tampoco da la gracia a expensas de la verdad. Por eso, actúa con esta cananea de manera tal que la verdad salga de los propios labios de ella, al llevarla a confesar: “Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos”. Plenamente de acuerdo con su interlocutor, discierne también en él la gracia que no puede rehusar una migaja hasta a un perro. La gracia del Señor la conduce a reconocer la verdad en cuanto a sí misma. Entonces recibe la recompensa de la fe, porque el Señor responde con gozo a los llamamientos hechos a su gracia. Le puede decir: “Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres” (Mateo 15:21-28).

¡Qué momento bendito durante el curso de nuestras vidas, cuando, a solas con el Señor, somos llevados a tomar conciencia de la maldad de nuestros corazones en presencia de la gracia que llena el suyo! ¡Qué bendición aprender en tales instantes que, por más viles que seamos, la gracia en Su corazón todo lo provee!

Booz, pues, es quien consuela el corazón de Rut. Ella reconoció la verdad: “siendo yo extranjera”, y Booz con su respuesta parece decirle que todo lo que ella le cuente referente a sí misma, él ya lo sabe: “He sabido todo lo que has hecho” (v. 11). En adelante, ningún temor puede subsistir en su ser interior de que un día algo sea descubierto, llevando a Booz a retirarle sus dones de gracia. Liberada, puede decirle: “Porque me has consolado, y porque has hablado al corazón de tu sierva...” (v. 13). Nada toca, gana y consuela tanto el corazón como la certeza adquirida en la presencia del Señor de que Él sabe todo y que me ama a pesar de todo.

La presencia del Señor

Sin embargo, la historia de Rut no termina aquí. Booz dio pruebas de la gracia, Rut confesó la verdad, de esto resultó la paz en la conciencia y el gozo en el corazón. Pero eso no es todo. Booz no se contenta con traer consuelo a Rut y dejarla con el corazón lleno de gratitud. Aunque esta mujer podría estimarse colmada, el corazón de Booz no está satisfecho. Si bien Rut no espera otras bendiciones, Booz tiene más para dar. No se consideraría satisfecho sin la compañía de aquella a quien había hablado al corazón. Por eso agrega: “Ven aquí” (v. 14). De una manera más profunda aún, ¿no actúa así el Señor con nosotros? Si apacigua nuestros temores, habla a nuestros corazones y gana nuestros afectos, es para poder gozar de nuestra compañía. El amor no está satisfecho sin la presencia de la persona amada. Con este fin murió, para que, “ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente **con él**” (1 Tesalonicenses 5:10). Somos bienaventurados si prestamos atención y respondemos a la invitación llena de gracia que nos hace: “Ven aquí”.

Así Rut se encontró sentada en medio de un pueblo que hasta entonces no conocía. Pero si “ella se sentó junto a los segadores”, lo hizo en la compañía de Booz, porque leemos: “y él mismo le alcanzó el grano tostado (v. 14, V. M.)”. Dichosos de nosotros si, conscientes de la **presencia personal del Señor**, tomamos lugar entre los suyos. Seremos nutridos con “grano tostado” del país. Como Rut, seremos saciados y sobraré. En su presencia, nuestras almas serán alimentadas y nuestros corazones satisfechos; y el corazón satisfecho, sacando de su plenitud, tendrá de qué dar a los demás.

Rut la esposa

“ Jehová está en medio de ti, poderoso, él salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos (Sofonías 3:17).

Espigar, como lo vimos, constituye el tema principal del capítulo 2. En los capítulos 3 y 4, el tema central es el reposo. En el primer versículo del capítulo 3 se menciona ese reposo en relación con Rut: “Hija mía, ¿no he de buscar lugar de descanso para ti?” (V. M.). En el último versículo, aparece en relación con Booz: “Aquel hombre no descansará hasta que concluya el asunto hoy”.

Sin duda que hay un progreso metódico en las verdades presentadas en los cuatro capítulos del libro de Rut.

- En el capítulo 1, Rut representa la **fe**, el **amor** y la **energía** de un alma **recién** convertida.
- En el capítulo 2, Rut es la imagen del **crecimiento** en la gracia, por medio de la cual el creyente hace progresos espirituales.
- En el capítulo 3, Rut busca la **paz del corazón**, la única que da satisfacción al creyente.
- En el capítulo 4, la historia de Rut se termina **alcanzando el reposo**, y muestra cómo Cristo y el creyente llegan al reposo de Dios.

Solo Cristo satisface el corazón

Espigar en los campos de Booz y recibir las bendiciones de sus propias manos, por más justo y feliz que sea, no puede dar entera satisfacción ni perfecto reposo al corazón de Booz ni al de Rut. Nada puede dar reposo al corazón excepto la posesión del ser amado. Por tal razón, en el capítulo 3, Rut busca granjearse el afecto de Booz, y Booz no ahorra esfuerzos para hacer suya a la joven. El amor nunca se satisface con los dones, por más preciosos que sean: solo quiere tener al dador.

Hasta aquí, Booz se comportó frente a Rut con una gracia maravillosa. Puso a su disposición sus campos, su grano, sus jóvenes criadas y criados. Le dio agua de su pozo, del grano tostado (V. M.) de su mesa, y espigas de los manojos que se dejaron caer intencionadamente. Sin embargo, todas esas bendiciones, si bien permitieron ganar la confianza de Rut y despertar su amor, no satisficieron su corazón.

Una vez que los afectos han sido conquistados, solo la posesión de la persona que los suscitó puede llenar el corazón. Esto es válido tanto para las relaciones humanas como para las relaciones divinas. Lo repetimos, la gracia y los favores con los cuales Booz supo despertar el amor de Rut por sí solos no podían satisfacer esos afectos. Lo que colma el corazón no son las bendiciones, sino la posesión de aquel que bendice.

Así son los caminos del Señor para con los creyentes. Él actúa para con nosotros con el fin de llevarnos a la convicción de que él es mayor que todas las bendiciones que concede. Es una dicha haber aprendido que las bendiciones no pueden traer satisfacción en sí mismas. **Solo Cristo puede satisfacer el corazón.**

¿No es esta la gran lección que Pedro tuvo que aprender en Lucas 5? El Señor le concedió una gran bendición temporal. Le concedió hacer la mayor pesca de su vida. Era una bendición tan importante que no podía ser contenida en su red y en su barca, pero precisamente mediante ese don el Señor se reveló a Pedro de tal modo que vino a ser mayor en la estima de su discípulo que la bendición dada. Efectivamente leemos a continuación: “Dejándolo todo, le siguieron” (Lucas 5:11). ¿Qué? ¿Dejar los peces dados por el Señor? Sí, Pedro abandonó todo –redes, barca, peces– para seguir al Señor. ¡Si alguna vez hubo una pesca que Pedro tenía derecho a guardar para sí, con toda razón esa pesca era la que el Señor le acababa de dar! Pero él dejó la bendición para seguir a Aquel que es la fuente de toda bendición.

Otra humilde creyente hizo la misma experiencia: María Magdalena. Había estado sometida al poder del diablo, ya que el Señor echó de ella siete demonios. Fue ricamente bendecida, y su corazón se apegó a la fuente de sus bendiciones. Por eso, en la mañana de la resurrección, cuando los discípulos se volvieron a sus casas, María estaba fuera llorando junto al sepulcro (Marcos 16:9; Juan 20:10-11). Las bendiciones recibidas no eran suficientes para ella; no podía encontrar reposo en este mundo sin Cristo. Con él, era feliz; sin él, inconsolable.

El Señor se ocupó de la misma manera de un hombre que, en otro tiempo, había blasfemado el nombre de Cristo y perseguido a los creyentes. La gracia lo tocó y lo bendijo de tal manera que Cristo vino a ser para él mayor que todas las bendiciones que podía haber recibido de su parte. Todo el deseo de Pablo se encuentra expresado en estas palabras: “a fin de conocerle” y “para ganar a Cristo” (Filipenses 3:8, 10). No estaba satisfecho con simplemente conocer todas las bendiciones que Cristo le había dado; le era necesario conocer al dador de esas bendiciones. No le bastaba con ganar el cielo, tenía que ganar al que le había asegurado el acceso allí.

Desgraciadamente, somos muy lentos para aprender que Cristo, y Cristo solamente, puede satisfacer nuestros corazones. A veces, buscamos el reposo en nuestras bendiciones espirituales. Dedicamos nuestros esfuerzos a mantener vivo en nuestras almas el gozo de la conversión, y el sentimiento de las bendiciones que hemos recibido. Pero aunque sea legítimo gozar de la salvación, tales esfuerzos están destinados al fracaso. No podemos gozar de las bendiciones aparte de Aquel que las da; Dios nunca tuvo tal intención. Todas las bendiciones recibidas tienen su origen en Cristo, y pueden ser gustadas solamente en su compañía.

Otros buscan satisfacción ocupándose intensamente en el servicio. Ciertamente que es deseable estar ocupados en el servicio del Señor, pero si ese servicio se hace con el fin de encontrar reposo, nos daremos cuenta de que, como Marta, antes que darnos reposo, más bien nos perturba (véase Lucas 10:40). El servicio es bueno en sí, pero no satisface el corazón.

Así, por una razón o por otra, estamos obligados a admitir que, como cristianos, conocemos muy poco la satisfacción del corazón. Ciertamente, todo verdadero cristiano es salvo, pero una cosa es ser salvo y otra cosa es estar satisfecho. Una vez salvo por la obra de Cristo, solo podemos encontrar satisfacción en la persona de Cristo.

La medida en la cual nos gozamos en la compañía de Cristo es también la medida de nuestro reposo y de nuestra satisfacción. La satisfacción perfecta, la conoceremos cuando aparezca la aurora del gran día del cual está dicho: “Han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado” (Apocalipsis 19:7). Esta gran verdad nos es presentada en misterio al final de la bella historia de Rut. Los dos primeros capítulos mostraron, en figura, cómo el amor por Cristo es despertado. Los dos últimos nos enseñan cómo el amor puede ser satisfecho.

El secreto para tener el reposo

Comencemos notando la instrucción dada a Rut en los versículos 1 a 5 del capítulo 3. Con el fin de asegurar la felicidad a Rut, Noemí le enseña el secreto del reposo. Primero, dirige sus pensamientos hacia la persona de Booz, diciéndole quién es y qué hace. Le declara que es “nuestro pariente”. Expresa en cierto modo: «Booz es uno de los nuestros y tenemos parte en él». También nosotros tenemos el privilegio de considerar a Cristo como “nuestro”: Se hizo carne, habitó entre nosotros, murió por nosotros y, después de su resurrección, nos llama sus hermanos. Puede decir a María:

“ Ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios (Juan 20:17).

En segundo lugar, Noemí dice a Rut qué está haciendo Booz: “He aquí que él avienta esta noche la parva de las cebadas” (v. 2). Del mismo modo, nuestro divino Pariente, nuestro Booz, pasa toda la larga y sombría noche de la época actual, si podemos decirlo así, aventando su cebada. Hoy el Señor Jesús no se ocupa de la paja. Lo hará en juicio en un día futuro; ahora se ocupa de los suyos, “avienta... las cebadas”. Dicho de otro modo, santifica su Iglesia, a fin de presentársela a sí mismo sin mancha ni arruga ni cosa semejante (Efesios 5:26-27). En los cielos, el Señor se ocupa de los suyos en vista del día venidero.

Después de recordar a Rut sus derechos sobre Booz, Noemí sigue con su instrucción mostrándole en qué estado se necesita estar en la presencia de Booz. Si discernimos que somos “parientes” de Cristo, que le pertenecemos y que él es por nosotros, seguramente desearemos su compañía. Pero estar conscientes de su presencia requiere un estado de alma apropiado, manifestado en figura mediante las instrucciones impartidas a Rut: “Te lavarás, pues, y te ungirás, y vistiéndote tus vestidos” (v. 3).

La primera condición necesaria, “**te lavarás**”, lleva nuestros pensamientos al lavamiento de los pies en Juan 13. Juan debe primero tener los pies lavados antes de poder estar recostado al lado de Jesús (v. 23). Es necesario que el lavamiento de los pies preceda al reposo del corazón. El Señor debió declarar a Pedro: “Si no te lavare, no tendrás **parte conmigo**” (Juan 13:8). Su obra nos aseguró una parte en él; pero para tener una parte **con** él, para gozar de la comunión **con** él, en el lugar donde está, debemos tener los pies lavados; lamentablemente, ¡qué descuidados estamos en esto! Permitimos que las nefastas y contaminantes influencias del mundo se infiltren furtivamente en nosotros, y dirijan nuestros afectos hacia las cosas de la tierra.

Cuando se descuida el lavamiento de los pies, las manchas se acumulan hasta entorpecer nuestro espíritu y embotar nuestros afectos de tal modo que nuestra comunión con Cristo se vuelve una cosa rara y hasta desconocida. Estemos atentos a la advertencia del Señor: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis **si las hicieréis**” (Juan 13:17). No era suficiente que Rut aceptara la instrucción de lavarse; ella tenía que hacerlo. Asimismo, el bien que podemos hallar en Juan 13 no reside en el conocimiento de la verdad presentada en ese capítulo, sino en ponerla en práctica.

Sin embargo, se necesita más todavía. Después de lavarse, Rut debe también **ungirse**. No basta con purificar la mente de influencias contaminantes, sino que necesitamos también recordar la exhortación del apóstol Pablo: “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, **en esto pensad**” (Filipenses 4:8). El lavamiento es un acto negativo, en el sentido de que se quita la mancha. La unción, en cambio, es un acto positivo: deja un perfume que desprende un aroma agradable. No solo es preciso purificar nuestras mentes y afectos de las malas influencias que los contaminan, sino que también es menester mantenerlos ocupados con todo lo que es de Cristo, para que derramemos alrededor de nosotros un olor de Cristo, que conviene en su presencia.

Después de la mención de unirse, Noemí agrega: “**Vistiéndote tus vestidos**”. Esto nos habla del lino fino, el que simboliza “las acciones justas de los santos” (Apocalipsis 19:8). Filipenses 4:8 nos habla de la unción, el versículo 9 nos da una respuesta en cuanto a las acciones justas: “Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, **esto haced**”. La palabra clave del versículo 8 es “pensad”; la palabra clave del versículo 9 es “haced”. Si tuviésemos una percepción más profunda de la hermosura de Cristo, ¿no deseáramos con más ardor su compañía y el gozo consciente de su presencia? Tales deseos ejercitarían aún más nuestro corazón para guardar nuestros pensamientos, nuestros afectos, nuestras palabras y nuestros caminos puros de toda mancha, y para estar ocupados en lo que complace a Cristo.

Una vez que Rut está preparada para estar en la presencia de Booz, su línea de conducta es clara: debe acostarse a los pies de Booz y escuchar sus palabras porque, como lo dice Noemí, “él te dirá lo que hayas de hacer” (Rut 3:4). Esto lleva nuestros pensamientos hacia esa feliz escena de Betania, descrita en Lucas 10:39, en la cual vemos a María sentada a los pies de Jesús, oyendo su palabra. ¡Es lo que tanto nos hace falta hoy! En medio de esta vida agitada y estresante, se torna muy difícil hallar un tiempo para estar a solas con el Señor y escuchar lo que Él quiere decirnos. Sin embargo, él nos dice: “Solo una cosa es necesaria” (Lucas 10:42). Que podamos oír su voz a través de Noemí y responder como Rut: “Haré todo lo que tú me mandes” (v. 5). Así, lavados, ungidos, y vestidos, podremos sentarnos en su presencia y escuchar su Palabra.

A los pies del divino Booz

Una vez que Rut está a los pies de Booz, el relato se concentra naturalmente en lo que este último hace. Booz va a obrar para satisfacer los deseos que su amor y su gracia suscitaron, pero también va a actuar en vista de satisfacer su propio corazón. Todo esto evoca el misterio mucho más profundo de Cristo y de sus deseos hacia su Iglesia. Nada podrá satisfacer su corazón excepto el hecho de tener a los suyos consigo y semejantes a él. Su amor debe gozar de la compañía de sus amados. Vamos al cielo porque el amor nos desea allí. Para el padre no fue suficiente suplir las necesidades del hijo pródigo; lo quería en su propia compañía, digno de su presencia, vestido con el mejor vestido, sus pies calzados y un anillo en su mano (Lucas 15:22). Igualmente, el corazón de Cristo no se contentaría con liberarnos del juicio y purificarnos de nuestros pecados; quiere tenernos **consigo** siendo **semejantes a él**.

- Con este fin reunía a las almas alrededor de sí mientras atravesaba este mundo. En efecto, cuando llamó a los doce, en primer lugar era “para que estuviesen **con él**” (Marcos 3:14).
- Este fue el objeto de su oración en Juan 17: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén **conmigo**” (v. 24).
- Con este fin murió, “para que ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente **con él**” (1 Tesalonicenses 5:10).
- Con este mismo fin él igualmente sirve a los suyos hoy, lavándonos los pies para que tengamos parte **con él** (Juan 13:8).
- También tiene esto en vista cuando recoge a uno de sus redimidos: quiere que partan y estén “**con Cristo**” (Filipenses 1:23).
- Finalmente, cuando el Señor venga en las nubes para tomarnos consigo, será para que allí donde él esté, nosotros estemos también, “**siempre con el Señor**” (1 Tesalonicenses 4:17).

Tal es la verdad que aprendemos a sus pies. No solo lo deseamos a él, sino que él también nos desea a nosotros. No es de extrañar que nosotros lo anhelemos; en cambio, su anhelo hacia nosotros será un motivo para maravillarnos eternamente. María aprendió a los pies del Señor que Él puede prescindir de todo nuestro servicio, pero no de nosotros mismos. “Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento” (Cantares 7:10) es la verdad –cuán grande y gloriosa– que

aprendemos a sus pies. De esta misma verdad nos habla Rut, porque a los pies de Booz la joven aprendió que no solamente ella lo ansiaba, sino que también él la deseaba. Desde entonces, maravillada por este descubrimiento, Rut puede esperar y dejar concluir el asunto (Rut 3:18).

Cristo asegura el reposo

El modo de obrar de Booz para asegurar el reposo y la satisfacción de su propio corazón, así como el de Rut, es muy significativo. Primero vemos lo que hace **con** Rut, y luego lo que hace **para** Rut. En el capítulo 2, él gana su amor; en el capítulo 3, le da la valentía de buscar satisfacer ese amor que él suscitó.

Después de haber rechazado seguir a otro que no fuera Booz, ella recibe en primer lugar la certeza de la bendición: “Bendita seas tú de Jehová” (v. 10). En segundo lugar, Booz quita de su corazón todo rasgo de temor, diciéndole:

No temas(v. 11).

“

Luego, le asegura que todos los obstáculos para cumplir su propósito serán superados (v. 12-13). Mientras tanto, provee ricamente a sus necesidades y le da seis medidas de cebada. Cuando Rut había buscado su propia bendición, había obtenido una medida de cebada (cap. 2:17); pero cuando busca la persona misma de Booz, ella obtiene seis. No obstante, notemos que hay seis y no siete, el número perfecto. La cebada, cualquiera sea la cantidad, no puede dar una satisfacción completa.

Hoy, el Señor actúa del mismo modo para con los suyos. Hay una bendición especial reservada para aquellos que aprendieron el gran secreto, a saber: que el Señor nos quiere para sí mismo. Esta certeza quita todo temor de nuestros corazones y nos da una santa audacia, además de la certeza de que ningún obstáculo podrá impedir el cumplimiento de su propósito para con nosotros. Mientras lo esperamos, suple todas nuestras necesidades, y nos hace capaces de permanecer tranquilos, con la firme convicción de que no descansará hasta que haya terminado lo que comenzó. “El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6).

Rut alcanza el reposo

“ Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado (Apocalipsis 19:7).

En el último capítulo, vemos cómo Booz obra en favor de Rut. En este trabajo, Rut no tiene ninguna participación. Booz está solo cuando sube “a la puerta” (cap. 4:1). La puerta de una ciudad era el lugar donde se ejercitaba el juicio. En realidad, la justicia debe ser satisfecha antes de que Rut pueda ser bendecida o el propósito de Booz llevado a cabo. En la puerta, Booz responde a todo y soluciona lo que hubiese podido ser un obstáculo. Diez testigos son convocados. Les pide sentarse, pues no tienen otra cosa que hacer sino verificar la incapacidad del pariente “más cercano” (cap. 3:12; 4:2, 4), y tomar nota de que sus derechos son plenamente reconocidos y satisfechos. Vemos en esto una figura de la obra poderosa de nuestro gran Redentor, el que subió solo “a la puerta”, el lugar del juicio. Allí, sobre la cruz, arregló todo problema entre el creyente y Dios. Allí también demostró plenamente la incapacidad de la ley para responder a nuestra situación, pero sin dejar de reconocer y de satisfacer sus justas exigencias.

Así, una vez removido todo obstáculo, llega finalmente el día de las bodas en el cual “Booz, pues, tomó a Rut, y ella fue su mujer” (v. 13). “Y dijeron todos los del pueblo que estaban a la puerta con los ancianos: Testigos somos”. Son testigos de la bendición de Rut, pero atribuyen el poder y la gloria a Booz: “Tú seas ilustre en Efrata, y seas de renombre en Belén” (v. 11).

Este final feliz de la historia de Rut constituye una hermosa figura de ese gran día en vista del cual la Iglesia fue desposada a Cristo (2 Corintios 11:2), y el cual aún aguardamos; día del que leemos: “Han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado” (Apocalipsis 19:7). Contemplando esta visión, el profeta Juan oye de nuevo, si podemos decirlo así, la voz de “todos los del pueblo que estaban a la puerta con los ancianos” elevarse en alabanzas, aunque esta ahora se haya amplificado en un himno de un poder infinito, ya que Juan oye “como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria” (Apocalipsis 19:6-7).

El día de las bodas del Cordero será la gran respuesta a la obra de la redención. La gloria responde a la cruz. Ese día, la Esposa será infinitamente bendecida, pero el poder y el honor serán para el Cordero. Toda la gloria será para Él; más aún, el Señor Jesús verá en ese día

El fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho
(Isaías 53:11).



Nosotros también veremos su rostro en justicia, y estaremos satisfechos cuando despertemos a su semejanza (véase Salmo 17:15).